

MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 8

MÍRAME
Y BÉSAME

*Las guerreras Maxwell, 8.
Mírame y bésame*

Megan Maxwell

Capítulo 1



Valle de Bergsdalen, Noruega

En el precioso valle de Bergsdalen, donde las auroras boreales que cruzaban el cielo eran increíbles, las pequeñas Revna y Agda miraban al cielo desde la ventana de su fortaleza cuando la segunda preguntó:

—¿Por qué nadie mira al cielo esta noche?

Revna suspiró. Su hermana llevaba razón. Desde donde estaban veía las calles desiertas. Pero era consciente de que su padre, el *jarl* Óttar Gundersen, duque de Bjälbo, más conocido como Óttar *Costilla de Hierro*, había convocado una reunión de urgencia, por lo que, para quitarle importancia, respondió:

—Estarán cansados, Agda. Es tarde.

Su hermana asintió convencida. Si Revna, que era quien siempre la protegía, decía eso, seguro que todo estaba bien.

—¿Crees que papá se recuperará esta vez? —preguntó a continuación.

Revna sonrió y asintió sin dudarle. Para ella su padre era una pieza fundamental en su vida. Llevaba años enfermo. Una extraña tos contraída en uno de sus viajes lo mermaba año tras año, y ese último estaba siendo devastador para él. Sin embargo, intentaba ser positiva, por lo que afirmó:

—Papá es fuerte. Es Óttar *Costilla de Hierro* y todos los años lo demuestra.

—Pero este año él...

—Se recuperará —la cortó Revna.

De nuevo se quedaron en silencio unos instantes y, para hacer que su hermana pensara en otra cosa, la niña indicó:

—¿Sabes, Agda? Me gusta mucho el brillo que proyectan las armaduras de las valquirias en el cielo.

—Y a mí.

—Me gusta más cuando el cielo se torna violeta.

—A mí también.

—Y el color verde de ahora... —insistió Revna—. Lo hace mágico.

Agda iba a hablar cuando sus ojos vieron correr por la calle al que era la mano derecha de su padre, el tío Louis. Al observar su gesto apurado se dispuso a preguntar, pero Revna, que también lo había visto, se apresuró a indicar señalando al cielo:

—Oh, mira el color azul..., ¡qué bonito!

—Sí —afirmó su hermana, olvidándose de lo que acababa de ver.

Miraban el cielo cuando Revna distinguió andando por la calle al tío Leiv *Buenospelos*, hermano de su padre, junto a su hijo Sigurd *Diente Podrido*. ¿Cuándo habían llegado?

No le extrañaba verlos, pues últimamente los visitaban a menudo debido a la enfermedad de su padre. Sin embargo, en ese instante su manera de caminar y las pinturas que llevaban en el rostro la alertaron. Aun así, para que Agda no los viera, dijo atrayendo su mirada mientras sonreía:

—De todos los colores que hay en el cielo, mi preferido es el violeta.

—¿El color de mamá?

Pensar en su madre la hizo agrandar su sonrisa. Entonces miró una cajita de madera que había en la habitación, donde ella conservaba recuerdos, como una flor violeta y seca de Escocia que su madre guardaba y que le había regalado.

—Sí —afirmó—. Ya sabes que a mamá le gusta ese color porque le recuerda a los campos de su amada Escocia.

Con una candorosa sonrisa, ambas se miraron y asintieron al recordar la preciosa historia de amor de sus padres y sus tíos Louis

y Candance. Desde pequeñas supieron que su madre y su tía eran escocesas. Y las niñas hablaban el escocés con total fluidez, además del nórdico.

A Blanca y a Candance, tras ser raptadas por unos malhechores que habían matado a sus familias, las metieron en un barco junto con otras mujeres para ser vendidas lejos de su localidad. Pero ese barco fue interceptado por sorpresa por un drakar vikingo y, tras una sangrienta lucha, terminaron en Bodø, Noruega, donde, por circunstancias del destino, ambas consiguieron escapar.

Una fría noche, en Bodø, Candance se desmayó víctima de la desnutrición y el agotamiento. Sin pensar en su seguridad, Blanca fue en busca de ayuda y se encontró con Óttar y Louis, un duque vikingo y su hombre de confianza, un nórdico de madre escocesa, que les prestaron auxilio. Durante dos semanas pagaron la estancia en una posada para que las jóvenes pudieran reponerse y estuvieron cuidándolas. Pero, cuando llegó el momento de dejarlas, algo bonito y puro había surgido entre ellos, y sin dudarlo se casaron, convirtiéndose Blanca, una escocesa, en la duquesa de Bjälbo, para horror de muchos, y Candance en la mujer de Louis.

Solo con la mirada, sin necesidad de decir nada, las niñas sabían que ambas estaban pensando en la preciosa historia de amor que sus padres les habían contado.

—Pues mi color preferido también es el violeta —afirmó Agda.

Al oír eso Revna rio. A diferencia de ella, su hermana era muy cambiante, y decidió pincharla.

—Pero ¿tu preferido no era el azul? —preguntó con una sonrisa.

Agda se frotó un ojo porque el cansancio comenzaba a poder con ella.

—El azul me gusta, tonta. Pero en este momento me gusta más el violeta —aseguró.

Revna asintió. Que a su hermana le gustara lo mismo que a ella siempre le hacía gracia. Últimamente Agda se había hecho también el tatuaje guerrero de la familia que ella y su padre llevaban en el brazo izquierdo.

—Escucha, Agda... —repuso—. Aunque seamos iguales no quiere decir que nos tengan que gustar las mismas cosas.

—Lo sé. Pero a ti no te importa, ¿verdad?

Oír eso hizo sonreír a Revna, que se encogió de hombros.

—Por supuesto que no.

Se quedaron en silencio durante unos segundos observando los preciosos colores del cielo hasta que, de pronto, este se tornó rojo. Era un tono de rojo estremecedor, sangriento, que duró más de lo que solían durar los demás.

—La otra noche —murmuró Agda con voz temblorosa—, cuando el escaldo recitó su poema, dijo que cuando el cielo se tornaba rojo durante más tiempo de tres respiraciones pausadas era porque la sangre, la muerte y el horror se acercaban...

Revna se movió incómoda; deseando quitarle importancia a aquello, aunque en su fuero interno la inquietaba, al ver que el rojo del cielo por fin se desvanecía, exclamó:

—Oh, mira, Agda, ¡violeta otra vez!

Revna y Agda eran gemelas idénticas. Dos gotas de agua: ojos azul cielo y cabello rubio como el sol, aunque nada más nacer fue evidente la fragilidad de Agda frente a la fortaleza de su hermana.

Revna vino al mundo minutos antes que Agda, y cuando esta última nació todo el mundo pensó que moriría esa misma noche, cosa que finalmente no ocurrió. Los días pasaron. Los meses. Pero mientras que Revna era un bebé sano, sonriente y regordete, Agda era menuda, seria y enfermiza. Óttar y Blanca, los padres de las gemelas, pedían a sus dioses que los ayudaran. Las gemelas habían nacido de su segundo embarazo. El primero no llegó a su fin. Pero esta vez los dioses les habían enviado dos niñas, que tenían que vivir sí o sí.

Tras unos meses duros, cuando Agda comenzó a salir adelante con mucho esfuerzo, en poco tiempo pasó de ser una niña desahuciada a tener casi la misma vitalidad que su hermana, aunque carecía de su sonrisa.

Durante años ambas hijas fueron cuidadas con mimo, pasión y adoración. Óttar y Blanca, a la que apodaron *Sonrisa de Ángel*, se desvivían por ellas, aunque por Agda siempre un poco más, algo que la volvió caprichosa, cosa que a Revna nunca le importó.

El *jarl* Óttar Gundersen, consciente de que aquellas niñas eran su única descendencia y de que no deseaba yacer en el lecho de ninguna otra mujer que no fuera su amada Blanca para que le diera más hijos, las protegía de todo ataque. Por el hecho de ser mujeres y no hombres, su hermano Leiv, más conocido como *Buenospelos* por su precioso cabello claro, le reclamaba el título de duque para él en caso de que Óttar muriera, pues no le entraba en la cabeza que ninguna de aquellas niñas pudiera poseerlo, y menos siendo medio escocesas como eran.

Óttar *Costilla de Hierro*, un guerrero gentil y piadoso y muy adelantado a su tiempo, por su fortaleza, su valentía y su arrojo, le enseñó a Revna todo cuanto sabía, pues veía en ella a una líder nata, cosa que nunca había visto en Agda debido a su situación. Mientras Blanca las instruía en tareas más propias de mujeres que las dos hermanas aprendían con disciplina, Óttar les enseñaba cosas de hombres: cazar, rastrear, usar el hacha, la espada, liderar..., algo que a Revna le encantaba pero que a Agda no.

Las gentes del pueblo, muy dadas a sacarle apodo a todo el mundo, bautizaron a las niñas como Revna *la Duquesa Guerrera* por su fuerza letal y su valentía, y a Agda como *la Bella Enfermiza*, por sus continuos males.

Óttar deseaba que su hija Revna fuera algún día la duquesa, la *jarl* de aquellas tierras, pues se lo merecía por derecho. Quería que supiera defenderse de posibles ataques y, sobre todo, que fuera justa con sus gentes para que la obedecieran con respeto y amor.

Desde bien pequeña Revna había poseído una preciosa sonrisa; era observadora, intrépida, desinteresada, audaz y muy guerrera. En cambio Agda, a causa de su fragilidad, era seria, apocada, caprichosa y superficial. No valoraba nada, puesto que todo se lo daban hecho.

Revna había crecido protegiendo a su hermana, y en ocasiones, aunque el mal lo hubiera hecho Agda, ella se autoinculpaba. Por su parte, Agda pensaba que si su hermana quería cargar con las culpas, ¿quién era ella para decirle que no?

Seguían contemplando el cielo cuando la puerta se abrió y entró la tía Candance, a la que apodaban *la Soñadora*.

—Por Freya, ¿qué hacéis asomadas a la ventana? —preguntó con gesto de apuro y algo acelerada.

Agda se encogió de hombros pero no dijo nada, y Revna, evitando preguntar lo que deseaba, contestó con una sonrisa:

—Viendo las llamas del cielo.

Candance asintió, y, tratando de ocultar lo preocupada que estaba por los últimos acontecimientos, que concordaban con los sueños que había tenido últimamente, apartó a las niñas de la ventana, pues era peligroso para ellas, y las condujo hasta sus camas. A continuación, sorprendiéndolas, les entregó unas ropas que ellas no habían visto nunca antes:

—Ponéoslas —dijo.

Las niñas se miraron entre sí, aquello no era suyo.

—Vamos, ponéoslas —insistió Candance—. Vuestros padres lo han ordenado.

—¿Qué?! —exclamó Agda.

Su tía asintió con la cabeza y Revna, sorprendida, preguntó:

—Tía, ¿papá y mamá quieren que nos pongamos estos andrajos para dormir?

Candance volvió a asentir. En su expresión Revna pudo ver incomodidad, nerviosismo, y, casi en un suspiro y con el labio inferior temblándole, respondió:

—Mis pequeñas, obedeced. El tiempo apremia y vuestros padres vendrán ahora a veros.

Revna parpadeó sin dar crédito. Aquello no pintaba bien.

Agda miró entonces aquellas ropas, que más bien parecían andrajos.

—No voy a ponerme esto, aunque ellos lo quieran —cuchi-cheó—. ¡Soy Agda *la Bella*!

—Póntelo ahora mismo —la increpó Candance.

Pero Agda no estaba por la labor.

—¡Huele fatal y parece mordisqueado por ratas! —gruñó.

Candance se frotó el rostro al oír eso. Sabía que la niña llevaba razón, pero si les había llevado aquellas ropas era precisamente con un propósito. Necesitaba que quienes las vieran no apreciaran su buena vida, sino que pensarán todo lo contrario. Entonces

Revna, cogiendo lo que Candance le tendía, dijo mirándola a los ojos:

—Yo me lo pondré.

La mujer le sonrió agradecida, pero Agda protestó:

—¡Revna, no seas tonta! Parecerás una andrajosa.

Sin querer reparar en el olor que aquellas ropas desprendían, Revna se quitó una pulserita que su padre le había regalado, la guardó en su cajita de madera e insistió dirigiéndose a su hermana:

—Si papá y mamá así lo han pedido, no hay más que hablar.

Candance asintió al oírla. Revna siempre había sido más espabilada que Agda. A menudo no hacía falta explicarle las cosas para que las entendiera, y sonrió cuando la oyó añadir:

—Y tú, Agda, también te lo vas a poner.

—No.

—¡Póntelo!

—No. La hija de un *jarl* nunca se pondría algo así.

Revna asintió, sabía que tenía razón, pero, mirándola, cambió el tono de su voz e insistió:

—Como diría mamá, todo tiene su porqué. Y si ellos lo han pedido así, no hay más que hablar.

—Pero...

—Agdaaaaaaaaaa —gruñó Revna.

Aquella llamada de atención, alargando su nombre más de lo normal, significaba que en ese momento su hermana paciencia tenía la justa, por lo que Agda, cogiendo de malos modos las prendas que Candance le entregaba, procedió a ponérselas sin decir más.

Una vez que acabaron, las niñas se miraron y Revna, intentando no sonreír, musitó:

—Estás ridícula.

Agda arrugó la nariz y estornudó.

—No sé de qué te ríes, ¡tonta! —protestó.

Revna ensanchó la sonrisa al oírla. Realmente no sabía por qué se reía, menos cuando su sexto sentido le decía que algo no iba bien. Solo sabía que debía proceder de ese modo para no inquietar a su hermana.

De pronto se oyó un estallido que lo iluminó todo a su alrededor e hizo que los muros y el suelo de la fortaleza temblaran.

Candance chilló, las niñas también, y rápidamente se acercaron a la ventana. Una bola de fuego había caído justo debajo de su habitación, sobre la cocina de la fortaleza, mientras la gente gritaba y corría por las calles.

—¡Por Odín! —murmuró Candance.

Las niñas, asustadas, no sabían hacia dónde mirar.

—¡Revna, tienes sangre en el rostro! —gritó Agda.

Con rapidez, la aludida se tocó. Su hermana tenía razón. Candance la miró y, limpiando con la mano la sangre, musitó con pesar:

—Es la ceja la que te sangra.

Revna parpadeó, no había notado nada. Entonces Candance, que era una mujer muy resuelta, dijo:

—Habrá que cosértela, mi cielo.

Revna simplemente asintió y Agda, agarrándose a su hermana, iba a preguntar cuando la puerta de la habitación se abrió. Eran sus padres y el tío Louis. Sus gestos de preocupación y angustia lo decían todo, y las dos niñas se fijaron en que su padre y su tío llevaban los rostros pintados. Muecas hechas con pintura de color azul les cruzaban el ojo derecho, y eso solo tenía un significado: estaban en guerra.

—¡Dios santo, ¿qué te ha ocurrido?! —gritó Blanca al ver sangre en el rostro de su hija.

Revna parpadeó, apenas si podía hablar, y Candance lo hizo por ella:

—Debe de haberle cortado la ceja algún trozo de piedra al estallar.

Blanca y su marido, preocupados, miraron a su hija, pero esta, tragando el nudo de emociones que tenía en la garganta, susurró:

—Tranquilos. La tía me lo coserá.

Candance y Blanca se miraron, y a continuación, la segunda, dirigiéndose a la primera, murmuró:

—Por desgracia, tu sueño vuelve a hacerse realidad.

Candance cerró los ojos horrorizada y Blanca, angustiada al no-

tar el desconcierto en los rostros de sus hijas, las apartó de la ventana para que dejaran de ver el fuego y el horror, y las acercó a la cama.

Entonces Revna, que veía a su hermana llorar, preguntó:

—Mamá, ¿qué ocurre?

La mujer intercambió una mirada de suma tristeza con Candance y acto seguido indicó a sus hijas:

—Sentaos. Tenemos que hablar con vosotras.

Candance y Louis salieron entonces de la habitación para darles intimidad. Óttar y Blanca se miraron. Lo que ocurría era lo peor que les podía pasar. Y la mujer, sentándose entremedias de sus dos hijas, susurró:

—Todo tiene su porqué, vida mía. Atended a vuestro padre.

Ese tono de voz y especialmente su mirada hicieron que Agda quedara tan muda como su hermana. Acto seguido, Óttar se agachó ante ellas.

—Sabéis que vuestra madre y yo os queremos mucho, ¿verdad? —dijo con gesto cansado.

Sin dudar, las niñas asintieron y aquel, tras una nueva explosión que hizo temblar la fortaleza otra vez, prosiguió:

—¿Y que daríamos la vida por vosotras?

De nuevo ellas asintieron. Óttar agarró las manos de sus hijas.

—Está pasando lo que llevo tiempo temiendo que pasara —dijo—. Vuestro tío Leiv *Buenospelos* y sus guerreros...

El hombre no pudo continuar. Pensar en que su propio hermano había ido allí a entrar en guerra para matar a sus hijas y despojarlo de su título de *jarl* y de sus tierras era duro, por lo que Blanca, tras mirar a su amado esposo, paseó una mano por su rostro.

—Como siempre os digo, mis niñas —les indicó—, en esta vida todo tiene su porqué. Y el porqué de que vuestro tío haga esto es la avaricia y la envidia. Quiere algo que no es suyo, y para conseguirlo no le importan el dolor, la muerte y la destrucción que va a provocar. Estamos en guerra y debéis partir.

—¿Qué?! —murmuraron las niñas.

A Óttar le entró un ataque de tos por la angustia y el humo que subía a causa del fuego que habían originado las explosiones. Du-

rante varios minutos el hombre tosió y tosió, y cuando finalmente pudo hablar intervino con un hilo de voz:

—Los vikingos pasamos media vida reinventándonos, por lo que tenéis que marcharos de aquí. Viajaréis de incógnito con vuestra madre, la tía Candance y Louis, y...

—No, Óttar.

El hombre maldijo al oír a su mujer.

—Amo a nuestras hijas con todo mi ser, pero tú eres «mi porqué» en esta vida, así que me quedaré contigo y que sea lo que tenga que ser —siseó Blanca.

Óttar se incorporó desesperado; quedarse con él significaba morir.

—Blanca, te he dicho... —gruñó después de tomar aire.

—Y yo te he dicho que no me iré —lo cortó ella—. No voy a reinventarme si no es contigo.

Otra bola de fuego cayó en el patio de la fortaleza, haciendo que parte del techo se desplomara. Desesperado por sacar de allí a sus hijas, Óttar iba a hablar cuando su mujer se levantó con decisión y señaló:

—Si muero con las niñas tu hermano no te creerá, y eso provocará que nunca dejen de buscarlas hasta que las encuentren y las maten.

—Pero, Blanca...

—Óttar *Costilla de Hierro*, ¡sabes que tengo razón! —afirmó ella levantando la voz mientras pasaba un paño por la herida de su hija—. Necesitamos que nos crean. Que las den por muertas. Que las olviden, ¡o pondrán precio a sus cabezas! Y la única manera es privándonos de ellas. Tu hermano nos conoce y sabe que hacerlo nunca entraría en nuestra cabeza, porque amamos a nuestras hijas por encima de todas las cosas. Por ello, solo alejándolas de nosotros creerán que han muerto en realidad y las olvidarán. Lo sabes, mi vida... Lo sabes tan bien como yo.

—Pero ¡yo no quiero que mueras tú! —exclamó él.

—¡Óttar! —gritó Blanca.

—Mamá, pero..., pero ¿qué...? —murmuró Revna horrorizada mientras Agda los observaba muda.

—Yo quiero que vivas con ellas —insistió el hombre—. Y sabes tan bien como yo que mi hermano, tras este ataque...

Blanca, que era consciente de lo que el hermano de aquel haría, le tapó la boca con la mano para que no lo dijera en voz alta.

—Mi vida, tú y yo..., siempre —susurró.

Óttar miró a sus hijas y luego le sonrió a su mujer. Aquella frase era su frase.

—Lucharé junto a vosotros —terció entonces Revna a pesar de su corta edad—. No..., no me iré, y Agda tampoco.

Óttar y Blanca miraron a sus hijas con amor. Tras muchos pesares la vida les había regalado una familia preciosa. Y, abrazándolas en silencio, se quedaron unos segundos, hasta que finalmente Óttar, siendo consciente de que su mujer llevaba razón, susurró:

—Debéis partir para no regresar nunca más.

—Noooo... —murmuró Revna.

Blanca, que vio el sufrimiento en la mirada de su hija, insistió:

—Mi vida, haz caso a tu padre. Debéis partir y no volver jamás. Aquí, sin vuestro padre, vuestras vidas corren peligro. Nunca te permitirán ser la duquesa de Bjälbo, ni a tu hermana, en caso de que tú faltaras. Partid y prometedme que nunca regresaréis ni reclamaréis el ducado.

Las niñas se miraron. Intentaban entender lo que aquellos les decían, pero era complicado.

—Revna y Agda, tenéis que marcharos —insistió su padre.

—¡No! —gritó la primera.

La muchacha parpadeó horrorizada. Que sus padres pensarán eso era una locura. ¿Cómo iban a alejarse de ellos? ¿Cómo iba a permitir que ellos murieran?

Agda lloraba asustada, y Óttar, quitándose la cadena de plata que llevaba con la medalla de bronce que tanto significaba para él, pues había sido un regalo de su padre, se la puso a Revna, su primogénita, y dijo:

—Si para que viváis vosotras el idiota de mi hermano ha de creer que habéis muerto y nosotros morir para su satisfacción, así será.

—Papá, nooo —suplicó Revna.

Óttar negó con la cabeza y, mirando a aquella niña a la que adoraba, pidió intentando sonreír:

—Ayúdame, mi preciosa guerrera, no me lo pongas más difícil.

La joven Revna parpadeó, miró a *Ragnar*, la fiel hacha de su padre, y cuando se disponía a hablar este añadió:

—Revna..., como decía mi padre, no hay mejor equipaje que la cordura y la mente clara. En tierras lejanas son más útiles que el oro y sacan al pobre de apuros. Sé justa y buena persona, y que nada ni nadie borre tu preciosa sonrisa, porque la sonrisa descoloca al enemigo. Y, por favor, cuida a tu hermana como lo haría yo.

Revna, sin saber por qué, asintió, aunque a cada momento que pasaba entendía menos. Aun así, todo estaba decidido, todo estaba hablado. Y Óttar, mirando a su otra hija, indicó sabiendo muy bien lo que decía:

—Agda, sonríe más y nunca olvides que mi hermano Leiv, por envidia, jamás me quiso y decidió mi final. Tú tienes una buena hermana que sí te quiere. Cuídala como la cuidaría yo.

El ruido atronador del exterior había dejado de sobresaltarlos. Lo que en la habitación de la fortaleza se estaba decidiendo era algo terrible, y Blanca, tomando aire, intervino.

—Candance y Louis os cuidarán. Presentaremos batalla para daros tiempo a huir.

—Pero, mamá, ¿qué dices?

La mujer miró a su hija mayor y le sonrió.

—Iréis a caballo hasta Vaksdal, donde abandonaréis vuestras monturas —susurró su padre—. Una vez allí ya está todo organizado para que viajéis en una carreta de feriantes hasta Trengereid...

—Pero...

—En Trengereid os esperan. Cabalgaréis hasta el puerto de Bergen, donde os aguarda vuestro tío Lars Ragnarsson, que os sacará en uno de sus navíos y os llevará a las islas Órcadas.

Revna y Agda temblaban. La primera de indignación; la segunda, de miedo. Y su padre, viendo el gesto de sus hijas, indicó:

—Siempre temí que ocurriera lo que está pasando ahora... Tu

tía Candance lo vio en sus sueños. Vio sangre y destrucción, por lo que esta huida es algo que lleva años planeado.

Las niñas apenas si podían respirar. Entre el humo, que cada vez era más denso, y lo que decían sus padres, les era difícil tomar aire.

En ese instante la puerta se abrió de par en par y entraron Ross y Lincoln, junto al tío Louis y otros hombres de confianza de Óttar, portando el cuerpo de un hombre, una mujer y dos niñas.

Horrorizadas, las niñas miraron aquellos cuerpos sin vida. ¿Quiénes eran?

—Tu tío Leiv ha de creer que perdisteis la vida junto a Candance y Louis en esta habitación calcinados por el fuego —musitó su padre entonces—. De ahí que hayamos provocado que la primera bola de fuego cayera justo debajo de vuestra ventana.

—Mamá... —susurró Agda.

Pero Blanca, consciente de que era la única solución, afirmó:

—Resultará creíble, hijas. Nuestro dolor por vuestra pérdida lo hará creíble y...

—Mamá, papá. No..., no..., no... No voy a obedeceros —la cortó Revna, olvidándose de la sangre que manaba de su ceja.

La mujer se emocionó al oírla y Óttar, mirando a su primogénita, a aquella a la que llevaba toda la vida aleccionando para ocupar su lugar, indicó:

—No hables así a tu madre, Revna. ¡No te lo permito!

La aludida miró a su padre.

—Y yo no te permito que... —siseó.

—Una vez es un aviso —la cortó el guerrero—. Dos una advertencia, y no habrá tres.

Revna lo miró sin decir nada. Aquella advertencia significaba mucho para ellos. Pero lo que sus padres proponían era una verdadera locura.

—Eres mi hija —continuó él entonces, suavizando el tono—. La hija de Óttar *Costilla de Hierro*, duque de Bjälbo y *jarl* de estas tierras. Eres mi guerrera valiente y brava a la que llevo toda la vida preparando para que sea imparable, y ahora necesito que te serenes y me ayudes.

Revna apenas si podía pensar con claridad; todo aquello la su-

peraba. Nunca nadie, ni siquiera su padre, le había hablado de lo que podría ocurrir.

—Pero..., pero... ¿qué pasará con vosotros? —musitó mirando a su padre.

Óttar y Blanca se miraron. Sus destinos tenían los días contados, por lo que él, agarrando la mano fría de su mujer, se la besó y murmuró:

—Nosotros os esperaremos en el Valhalla.

Las niñas, de diez años, se miraron horrorizadas. No. Ellas no podían vivir sin sus padres. Revna se disponía a insistir, pero entonces Óttar continuó:

—Sé que lucharías con bravura y honor para defender lo que te corresponde. Pero, llegados a este punto, vuestra madre y yo tenemos claro que vuestras vidas valen más que este maldito ducado y...

El hombre se derrumbó. Tener que despedirse de ellas era lo más duro que había hecho nunca. Y su mujer, tan dolida como él, pero con esa fortaleza guerrera que siempre la había caracterizado, intervino tras besarle la mano.

—Soy escocesa y, por circunstancias de la vida, terminé en Noruega, donde encontré una bonita vida y también el amor. Debéis saber que en ocasiones los caminos difíciles pueden llevar a bellos destinos. Si os digo esto es porque fue lo que me pasó a mí y, sin lugar a dudas, todo tiene su porqué. Ese porqué fue conocer a vuestro padre y ser amada y bendecida con vosotras en nuestras vidas. Desde hace años Candance ha tenido el mismo sueño una y otra vez... Ve fuego, muerte y destrucción, y que vosotras regresáis a Escocia. Ahora tanto vuestro padre como yo deseamos y ansiamos que allí encontréis el porqué del retorno al lugar de donde yo partí.

—¿Escocia?! —inquirió Agda.

Blanca asintió, y, tras quitarse una pulsera, se la entregó a su hija.

—Sí, vida mía. Escocia es vuestra tierra, igual que lo es Noruega —afirmó.

Agda sollozó, pero Blanca insistió:

—Escocia fue mi hogar, como ahora lo es Noruega. Y mi deseo

es que encontréis la felicidad allí, puesto que aquí se os negará para el resto de vuestras vidas.

La niña, horrorizada, rápidamente se abrazó a su padre, mientras él la consolaba con tiernas palabras y Revna parpadeaba. Pero ¿qué harían ellas en Escocia?

Entonces su madre se quitó los bonitos pendientes labrados en plata que su padre le regaló el día que le pidió matrimonio y los puso sobre la mano de Revna.

—Que nadie te haga creer que no eres escocesa ni nórdica —añadió—. Eres tan escocesa como yo, y tan nórdica como tu padre. Tu suerte es poseer ambas sangres, que te hacen fuerte y especial. Sé la guerrera que tu padre crio, y la mujer dulce y cándida que yo te he enseñado a ser.

Revna, apretando los pendientes que estaban en la palma de su mano, totalmente desconcertada, no supo qué decir; entonces su madre cuchicheó viendo la sangre en su rostro:

—Debéis cambiar de nombre. No podéis seguir llamándoos Revna y Agda Gundersen. Eso os pondría en peligro..., y por supuesto olvidaos de mencionar los apodos de Revna *la Duquesa Guerrera* y Agda *la Bella Enfermiza*. Como ha dicho vuestro padre, debéis reinventaros, por lo que esa parte de vuestras vidas se acabó.

Al oír eso el guerrero miró a su triste mujer y esta, sin dudarle, dirigiéndose a Revna, indicó:

—Tú serás Beth. —Y mirando luego a Agda agregó—: Y tú, Gladys.

Las niñas parpadearon. ¿Cómo? Pero ¿qué locura era esa? ¿Cómo que se tenían que reinventar? Pero Óttar, sin darles tiempo a pensar, añadió:

—Beth y Gladys Craig. En honor a vuestra madre, usaréis su apellido escocés. —Y, observando el tatuaje que sus hijas llevaban en el brazo izquierdo como él, indicó—: Si alguien os pregunta, que os preguntarán, tenéis que decir que vuestro horrible padre vikingo os lo hizo en contra de vuestra voluntad cuando erais unas niñas...

—Noooo. Nunca diré eso, papá.

Óttar mandó callar con la mirada a su hija Revna.

—Lo harás porque yo te lo estoy ordenando, ¿entendido? —replicó.

La niña no contestó. No podía casi ni respirar.

—Decid que os marqué —prosiguió su padre—. Que fui lo peor que hubo en vuestras vidas, y que por eso vuestra valiente madre escocesa me rajó las tripas y me mató.

—¡Papá! —jadeó Revna.

—Y cuando ella murió de unas terribles fiebres —agregó el hombre—, fuisteis a vivir a las islas Órcadas con vuestros tíos. Eso justificará vuestro acento nórdico.

Sin dar crédito, las niñas escuchaban la nueva vida que les habían creado en un segundo; Agda volvió a llorar y su padre volvió a abrazarla, y en ese momento Blanca miró a su hija mayor y añadió:

—Candance y Louis, que ahora se llamarán Ottilia y Sven Paterston, cuidarán de vosotras como lo haríamos vuestro padre y yo. Hacedles caso. Sed buenas y gentiles con ellos, y recordad: la tía Candance tiene sueños premonitorios que en muchas ocasiones se hacen realidad.

—Pero, mamá...

—Vida mía —la cortó la mujer—, el tiempo apremia y necesito decirte varias cosas antes de que partas.

Oír eso hizo que Revna asintiera y guardara silencio.

—Prométeme que vas a seguir sonriendo, porque tu sonrisa iluminará nuestras vidas en el Valhalla —continuó Blanca—. Nunca cuentes demasiadas cosas de ti a los demás, porque en tiempo de envidia el ciego comienza a ver, el sordo a oír y el mudo a hablar. Abraza con cariño y amor y cuida siempre a tu hermana. Pero también has de cuidar de ti, y bajo ningún concepto aceptes de nadie menos de lo que das, porque quien bien te quiera nunca te hará sufrir... ¡Prométemelo!

—Mamá...

—¡Prométeme todo lo que te he pedido! —insistió la mujer.

—Te lo prometo —convino la niña con un hilo de voz.

Blanca asintió. Por suerte la sangre había dejado de manar de la ceja de su hija, y tras besarla con mimo en la frente le susurró con emoción al oído:

—Siempre serás mi momento favorito del día.

Madre e hija se miraron. Blanca solo le decía esa frase a Revna. La conexión que ambas tenían era algo único y maravilloso. Y cuando vio que Agda las miraba con su habitual gesto serio, la mujer soltó a Revna y dijo:

—Recordad, vidas mías, que las personas felices no pierden el tiempo haciendo el mal, puesto que el mal es para las personas mediocres y envidiosas como vuestro tío Leiv *Buenospelos*. Por tanto, aunque os duela el alma, protegedos del mal y de la envidia, y no olvidéis que a veces, tras muchas luchas, hay que saber parar y mirar por uno mismo.

—Ante el enemigo, no penséis, actuad —insistió Óttar.

Acto seguido los cuatro se quedaron en silencio, mientras Blanca y Candance se fundían en un abrazo y Óttar, tras mirar a su buen amigo Louis, lo estrechaba también entre sus brazos.

—Óttar *Costilla de Hierro* —declaró entonces este último—, ha sido un placer vivir y luchar a tu lado. Te prometo por mi vida que cuidaré de tus hijas como si fueran mías.

El aludido asintió. Sabía que aquel, junto a su mujer, así lo haría.

—Louis *Daga Sangrienta* —musitó mirándolo con emoción—, buen amigo y compañero de viaje. Sé que te quedarías aquí conmigo para presentar batalla al idiota de mi hermano Leiv *Buenospelos*, pero necesito que cuides de mis hijas y te las lleves de aquí para siempre, porque si son descubiertas lo pagarán con sus vidas.

Mientras los mayores se despedían las dos niñas los observaban. Agda, llorando, y Revna, con gesto serio, eran testigos de aquello, hasta que Óttar, tocando con amor el cabello rubio de sus hijas, dijo:

—Recordad, mis pequeñas. Cuando vuestras vidas estén en peligro, no penséis, sino ¡actuad! Y el hombre que os merezca y que desee vuestro amor tiene que anteponeros siempre a cualquier cosa, porque vosotras seréis su mundo.

Oír eso hizo que el vello de todo el cuerpo de Revna se erizara. Entonces Louis indicó con gesto trémulo:

—Hemos de partir.

—¡Nooooo! —chilló Revna dando un golpe a su cajita de recuerdos, que cayó al suelo.

Rápidamente Óttar y Blanca abrazaron por última vez a sus adoradas y preciosas hijas. Instantes después, con una frialdad que los mató en vida, permitieron que Louis y Candance, junto a otros guerreros, Olav Gormsson entre ellos, se las llevaran a rastras entre gritos de angustia, pérdida y dolor, mientras uno de los pendientes que Revna llevaba en las manos caía al suelo.